

Una novela peligrosa

Guillermo Vega Zaragoza



La más reciente obra de Jesús Vicente García (México, DF, 1969), *¡Muere, gusano, muere!*, es un libro sumamente peligroso. Es más, debería venderse envuelto en celofán con un cintillo que dijera: “Novela peligrosa. No se deje al alcance de lectores inexpertos”. Y no sólo es peligroso por su tema, la historia de un asesino en serie que se dedica a eliminar a los malos lectores, sino por la forma en que está narrada, en la que el autor prácticamente dinamita muchas de las ideas preconcebidas acerca de lo que debe ser una novela, por lo menos en lo que respecta a la anémica capacidad de experimentación e innovación de la literatura mexicana de los últimos tiempos.

El protagonista de la historia se llama Paul Ámsterdam, un “perito literario”, especie de *blade runner* alcohólico y mariguano, que se dedica a investigar delitos de “lesa literatura”, por ejemplo, plagios y otras atrocidades. Todo se desarrolla en una época futura no claramente definida en un país que (asumimos, porque nunca se menciona) es un México no muy diferente al actual, si acaso con un poco más de vileza y tecnología de punta, pero con la misma locura y la misma corrupción desatada. Nuestro héroe es tremendamente culto, pero también tremendamente romántico hasta rayar en lo cursi; es, como lo define el narrador, “un inteligente transformado en imbécil por una droga llamada mujer”, encarnada en la portentosa Karina Reed.

Como en toda buena novela negra, el detective recibe la encomienda de investigar un caso que parece de rutina: la aparición de varios cadáveres sin relación entre sí, hasta que Ámsterdam encuentra la conexión que lo lleva hacia un mediocre escritor que ha inventado un arma mortífera: un separador de libros que provoca alucinaciones pesadi-

llescas que conducen hasta la muerte a los malos lectores. Es decir, el primer y verdadero *lecticida* de la literatura nacional, y me atrevo a afirmar que mundial.

El problema es que siendo tan buen lector, Ámsterdam también es víctima de las alucinaciones provocadas por el “unidor” (que es como el asesino llama al separador de libros), aunque no logra eliminarlo por completo. El asesino, que responde al nombre de Rosario Víctor Madrid, es sumamente escurridizo y siempre logra escapar. ¿Podrá atraparlo nuestro héroe antes de que deje despoblado este país donde los buenos lectores no se encuentran precisamente en cada esquina?

Al estar situada en un futuro posible y con una trama criminal, se podría sucumbir a la tentación de encasillar esta novela en el subgénero de la ciencia ficción policiaca, sendero que inauguró hace mucho Isaac Asimov con su saga robótica. Sin embargo, el libro de Jesús Vicente García (quien también se ha destacado como cuentista, ensayista y editor) abreva de muchísimas más fuentes literarias, con innumerables referencias a la literatura misma, a autores y obras de las letras mexicanas y universales. Sin embargo, tampoco hay que caer en la equivocación de considerarlo como “literatura sobre la literatura”, como una obra críptica sólo apta para iniciados y exquisitos, vicio tan extendido en nuestras letras nacionales y que lamentablemente algunos escritores recientes han asumido como estandarte, inundando el mercado editorial con obras muy bien escritas (faltaba menos), pero cuyo aliento vital es el de verdaderos *zombies*. Es decir, son obras carentes de vida, de eso que sucede allá afuera y no solamente en los libros, de esa vida que hay que llevar a las páginas para no llenarlas sólo con letras muertas. A contracorriente de esta

tendencia necrófila que lamentablemente campea en las preferencias de escritores, editores y críticos nacionales, como en su novela anterior, *El gran vals* (que es el nombre de un antro de mala muerte realmente existente del centro de la Ciudad de México), Jesús Vicente García logra trasladar a la literatura los olores, los colores, los fluidos, los sonidos y las sensaciones de las calles de la ciudad, con sus mendigos y policías, con sus prostitutas y oficinistas, con sus diosas y monstruos cotidianos. En este ambiente, donde el autor se desenvuelve como pez en el agua, suceden las historias y las desventuras de nuestros héroes, con los que podemos identificarnos porque están vivos, porque hablan, viven, aman y sufren como cualquiera de nosotros; y, como si les quedara todavía mucho tiempo libre, tratan de salvar a la humanidad o, bueno, de salvar a la multitud de malos lectores amenazados por el ánimo justiciero de un escritor mediocre convertido en asesino.

Pero más allá de las virtudes literarias intrínsecas que el autor ha logrado plasmar en esta obra (narración vertiginosa, atrevidos juegos, espacio-temporales, lenguaje brillante y desenfadado, humor corrosivo y aplicación innovadora de diversas técnicas narrativas), lo cierto es que esta novela de Jesús Vicente García es un sincero y amoroso elogio a la lectura. Y eso se nota en las innumerables referencias, guiños, alusiones y bromas literarias que introduce el autor a lo largo de la trama, sin ningún ánimo de parecer erudito y alardear de sus amplias lecturas, sino simplemente porque ama y venera a esas obras y a esos autores que le han prodigado tantas historias y personajes que forman parte de la vida de cualquier lector apasionado. [1]

Jesús Vicente García, *¡Muere, gusano, muere!*, Ediciones Cuirria / Editorial Fridaura (colección Los Libros de Pamela), México, 2006, 131 pp.